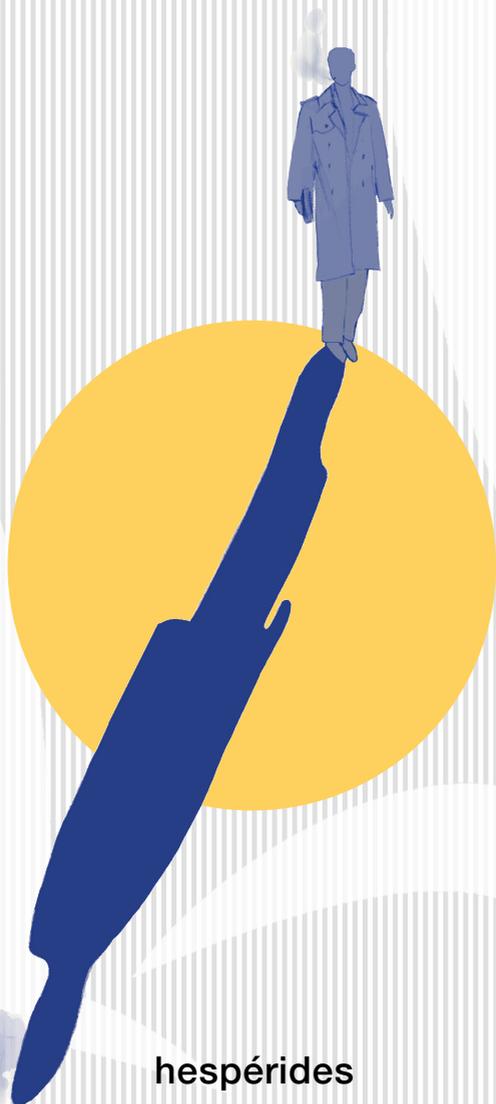


Mario Jaramillo

El mar de Camus

LHG



hespérides

MARIO JARAMILLO

El mar de Camus



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2023

© De los textos: Mario Jaramillo

Madrid, marzo 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-33-7

D. L.: M-3965-2023

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*El puerto de Mabón es un lugar mágico y luminoso,
cuyas orillas guardan las historias de amor
que navegan en los barcos.*

Catalina Jaramillo Uribe

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	11
¿Quién es Camus?	13
SEGUNDA PARTE	39
Breve historia de una gran historia	41
TERCERA PARTE	45
Día primero	47
Día segundo	59
Día tercero	77
Día cuarto	91
Día quinto	107
Día sexto	125
Día séptimo	149
EPÍLOGO.....	167

PRIMERA PARTE

¿Quién es Camus?

Actor, que fue futbolista, dramaturgo, profesor, periodista, meteorólogo y, sobre todo, escritor. Africano, que fue argelino, francés, español y, sobre todo, transmediterráneo.

«¿Quién es Camus?», se preguntó el maestro de escuela que lo conoció desde que el niño tenía diez años y era su alumno. Le enseñó a escribir, más que a unir vocales y consonantes. Vio a través de su ropa pobre, de sus zapatos gastados. Él mismo, Louis Germain, respondió: «Tengo la impresión de que quienes tratan de penetrar en tu personalidad no lo logran». Había pasado mucho tiempo desde que le ayudó a progresar en sus estudios en Argelia, su lugar de nacimiento y el rincón donde su madre y su abuela rasguñaron para formar lo más cercano a un hogar que podían con sus precarios medios. Camus acababa de ganar el Premio Nobel de Literatura y nadie sabía en realidad cómo era, a pesar de que publicaban en la prensa cientos de perfiles, especializados todos en la especulación. El escritor era una incógnita pública.

Las notas básicas sobre su vida, sin embargo, daban apuntes acerca de su personalidad. Se sabía que era hijo de un bodeguero, muerto en combate cuando sus hijos eran pequeños, y de una sirvienta, una mujer que limpiaba las casas de los demás para aportar unas monedas al pequeño bolsillo familiar. Esos hechos ya servían de base para una novela sobre él o para una biografía, aunque fuera necesario rasgar un poco más para

descarapelar la piel de la que estaba hecho este personaje, este actor. Personaje porque en una ocasión dijo que su vida era una novela. Actor porque no se quitaba de encima la gabardina al estilo de Humphrey Bogart, su gemelo de rostro ambiguo. «Un actor triunfa o no triunfa», escribió Camus alguna vez y ambos triunfaron en el arte.

Camus era un *pied-noir*: un colono francés nacido en Argelia, cuando esta tierra pertenecía a Francia. Era un pie negro que lucía calcetines blancos, como si fuese un bailarín de *tap*. Se sabe que fue un buen bailarín desde niño, casi desde cuando nació en una finca de Saint-Paul, cerca de Mondovi, una ciudad ubicada a más de cuatrocientos kilómetros de Argel, un 7 de noviembre de 1913, signado por la constelación Escorpión. Cuando ejerció de fugaz meteorólogo, se ratificaba en el infinito de las noches trasiegas para creer que él era un hombre de acción, como decían que eran los escorpiones. Sentía, sin embargo, que también era un hombre de creación. Para el escritor, acción y creación eran un conglomerado de fuerzas indivisibles, como la madre y el hijo, atados desde el vientre. Se sabe que una vez le leyeron el horóscopo y le dijeron que moriría trágicamente. No lo creyó del todo, pero así sucedió.

Cuando Camus nació, Argelia tenía siete veces más árabes que gente de origen europeo, un hecho que sería la semilla de la independencia. Sus progenitores también habían nacido en Argelia: Lucien-Auguste Camus Cormery, su padre, era de origen francés, y su madre, Catherine Hélène Sintès Cardona, tenía ancestros españoles. Por eso el escritor siempre se sintió medio francés y medio español: combinaba galantería con frenesí. En un mapa, los tres países de su vida no ocupan demasiado espacio; sin embargo, la mezcla de ellos creó un hombre rico en culturas y sensaciones, en tormentas y fascinaciones, en pensamientos e intuiciones.

Camus era una figura teatral que tocaba todo el espectro de las emociones hasta ser arrogante y humilde a un mismo tiempo. Prepotente y sencillo a la vez. Largamente vehemente y largamente silencioso. Pudoroso hasta el hermetismo y extrovertido hasta la extenuación. Malhumorado del todo y con buen humor cuando lo reclamaban las circunstancias. Era, sin duda, un actor que sabía cuándo echar mano de cada una de sus caretas porque poseía ese genio singular para descifrar el ambiente y ponerse inmaculadamente el disfraz de turno. Camus actuaba para los demás, pero también para sí mismo.

Lo absurdo fue un tema de los filósofos de la época y Camus, sin ser filósofo de profesión, montó su propia teoría. Lo tuvo muy claro cuando, en enero de 1936, le escribió a su amigo Claude de Fréminville: «En el fondo, muy en el fondo de esa vida que nos seduce a todos, no hay más que absurdo; solo absurdo». De ahí derivó una norma vital: convivir con ese absurdo significa vivir la vida. «Porque no hay más que una cosa que oponer al absurdo, y es la lucidez». El escritor no habría podido ser más lúcido, y su vida, como una paradoja maldita, fue una vida de absurdos.

El primer absurdo: los comunistas contra el comunista

El sigilo del escritor sobre muchas de sus actividades a veces impide tener certezas comprobables, como la de saber exactamente cuándo se afilió al Partido Comunista Francés. Lo cierto es que por entonces viajó por primera vez fuera de Argelia: llegó a España; para ser más exactos, a las Islas Baleares, tierra de sus antepasados por línea materna. Mientras a un amigo le dijo que se afiliaría al partido cuando regresara de su viaje, a otro le informó que se había inscrito en él antes de marcharse. En cualquier

caso, fue un viaje penoso, junto a su primera esposa, Simone Hié, drogadicta empedernida, que terminó su vida de manera abrupta. Camus enfermó de repente y debieron regresar a Argelia. El escritor contó luego que había sido un viaje de mucho miedo. Se puede decir que la relación directa con la tierra de su abuela no empezó con buen pie.

En una mañana cálida de Argel, en agosto de 1935, Camus se afilió al Partido Comunista con veintiún años. Exultante, lo hacía como un soldado de la escuela marxista, sin haber llegado a leer *El capital*, la obra insigne de Carlos Marx. Anunció que trabajaría por la organización con absoluta lealtad y el secretario general del partido comunista en Argel, Émile Padula, lo nombró de inmediato responsable en Belcourt. Empezó la tarea de buscar nuevos adeptos, especialmente entre la comunidad árabe, hacia la que sentía solidaridades infinitas. A los nativos, árabes y bereberes se les llamaba indígenas y Camus quería extraer de ellos el mayor número de reclutas afines a las ideas comunistas. Deseaba, también, que se sumaran a la lucha antifascista, al tiempo que se empeñaba en atacar la discriminación contra esa comunidad y en buscar el reconocimiento a sus derechos, prácticamente inexistentes.

El mismo partido lo hizo responsable de las labores culturales en la Maison de la Culture y le concedió la dirección del Théâtre du Travail. Mientras ejercía tales funciones, recorría su barrio, puerta a puerta, día tras día, para tratar de convencer a los musulmanes de vincularse a la organización política. Fueron dos años de proselitismo de calle y años de cultura comprometida. Conquistó Belcourt, el barrio donde creció, cuyas esquinas, rincones, huecos y parques conocía con el detalle que permiten las exploraciones infantiles. El teatro también estaba abonado. El gozo de Camus en las tablas no tenía comparación con el de otros argelinos dedicados al arte escénico.